



LA EDAD DE ORO

48.—Los restos de Bolívar
llegan a Caracas.

Fué una tarde, 16 de diciembre de 1842. Los últimos rayos del sol en Occidente se reflejaban sobre la Silla del Avila cuando el tañido de todas las campanas anunció a la ciudad que los restos del Grande Hombre entraban al suelo natal. Miles de almas llenaban las avenidas Sur y Norte, la plaza del Panteón y la prolongada calle que se extiende hasta el templo de la Pastora. Banderas, oriflomas, pendones enlutados, trofeos de guerra, pebeteros, se levantaban en toda la carrera por donde debía pasar el fúnebre cortejo. Aquella población flotante iba y venía como dominada por un sentimiento extraño: pero cuando el cañón anunció a la población que los despojos del Libertador habían pasado la antigua puerta de la ciudad, lágrimas silenciosas brotaron de todos los ojos, y en actitud imponente todas las cabezas se inclinaron a proporción que pasaban los restos mortales del mártir de Santa Marta.

Un arco colosal, frente a las ruinas de Humboldt, teniendo los nombres de cien batallas y de los compañeros de Bolívar, dominaba la carrera de la procesión que iba a efectuarse en el siguiente día. Más atrás del arco se destacaban las ruinas del templo de la Trinidad, que para aquel entonces estaban pobladas de arbustos y de huesos, restos de las víctimas de 1812. Bolívar debía en esta noche reposar en frente de la casa de Humboldt, en la modesta ermita que servía de templo hacía algunos años. Cuando desapareció el sol ya el Libertador estaba en su capilla ardiente, acompañado de sus veteranos. ¿Quién podrá describir las impresiones de aquella noche transitoria, precursora de un gran día, y ese estado del alma, en que el sueño huye, porque el corazón presiente?... Al amanecer del 17, los primeros rayos del sol fueron saludados por el toque de los clarines, por la música marcial, y la población en las calles, en las ventanas, en los escombros, en las azoteas, vió desfilar y acompañó a Bolívar muerto

Treinta y cuatro años han pasado, y Bolívar, después de haber permanecido durante este lapso de tiempo en la tumba de sus antepasados, ha vuelto de nuevo, 28 de octubre de 1876, al sitio donde reposó la noche del 16 de diciembre de 1842. Ha vuelto, no a la capilla mortuoria que ha desaparecido, sino al Panteón Nacional que ha substituído al antiguo templo de la Trinidad. En este recinto todos los muertos están ocultos, sólo Bolívar está visible presidiendo este osario histórico donde reposan sus compañeros de gloria.

ARISTIDES ROJAS

(J. E. Machado: *Siete estudios de Aristides Rojas*).

49.—Los caminos después de las lluvias

Desde que era muy niño, saltaba de alegría, cuando la fresca lluvia de los cielos caía.

Chorros de los tejados, vuestro rumor tenía el divino silencio de la melancolía.

Los niños con las manos tapaban sus oídos, y oyendo con asombro los profundos sonidos

del corazón que suena como si fuera el mar, sentían un deseo supremo de llorar.

Y como por la lluvia, todo era interrumpido, se bañaban las cosas en un color de olvido.

Y vagaban las mentes en un ocio divino, muy propicio a los cuentos de Simbad el Marino.

Las lluvias de mi tierra me enseñaron lecciones... con Alí Baba, pasan los cuarenta ladrones.

Y cantaban mis sueños en la noche lluviosa: ¡Lámpara de Aladino, lámpara milagrosa!

Y al caer de la lluvia, la criada más antigua desgranaba sus cuentos en una forma ambigua.

Otro de los milagros que en la lluvia, yo canto, es, que al caer sus linfas, se pone un nuevo manto

mi ciudad que al lavarse... yo pienso en una de esas austeras e impecables ciudades holandesas:

Una ciudad lavada, sin polvo, nuevecita, donde reza el aseo su plegaria bendita.

Como, *pulvére procul* se lee en los pergaminos de un noble de otros tiempos, por todos los caminos,

cuando pasan las lluvias, se alegra y se extasía, lejos, lejos del polvo, la profunda alegría:

La de andar sin pecado, por silencios de amor, como un dulce ojo de agua de inocente rumor.

Si se libra el camino del polvo—su pecado— se vuelve como el santo de Asís, enamorado

de todas las criaturas, de todas las criaturas, y a todas les ofrece sus blancas aventuras.

Son todos los caminos como flor de aventura para el dulce Quijote de la Triste Figura.

A. H. PALLAIS, Pbro.

(Caminos).

50.—Coloquio entre Solón y Creso

Como la corte de Sardes se hallase después de tantas conquistas en la mayor opulencia y esplendor, todos los varones sabios que a la sazón vivían en Grecia emprendían sus viajes para visitarla en el tiempo que más convenía a cada uno. Entre todos ellos, el más célebre fué el ateniense Solón; el cual, después de haber compuesto un código de leyes por orden de sus ciudadanos, so color de navegar y recorrer diversos países, se ausentó de su patria por diez años; pero en realidad fué por no tener que abrogar ninguna ley de las que dejaba establecidas, puesto que los atenienses, obligados con los más solemnes juramentos a la observancia de todas las que les había dado Solón, no se consideraban en estado de poder revocar ninguna por sí mismos.